

CHILE-AMERICA

**MOVIMIENTO POPULAR, IGLESIA
Y MUNDO CRISTIANO**

INSTITUTO PARA EL NUEVO CHILE
Rotterdam, Holanda

MOVIMIENTO POPULAR, IGLESIA Y MUNDO CRISTIANO

Por RICARDO NUÑEZ

El presente ensayo fué elaborado en el marco de investigación del Instituto para el Nuevo Chile, que tiene su sede en Rotterdam, Holanda. Su autor, un exponente bastante conocido del pensamiento socialista chileno, emite sus juicios, naturalmente, desde fuera del movimiento cristiano. "Chile América" lo ha acogido dentro del programa de intercambio con el Instituto ya citado, como un punto de vista que en cierto sentido interpreta a vastos sectores de la izquierda laica y marxista.

ALGUNAS PALABRAS PREVIAS

Como nunca antes en nuestra historia, el marco dentro del que se ha producido la reestructuración violenta del régimen capitalista y el reflujo de las fuerzas progresistas y populares, es tan complejo y variado como el que se presenta en la actual situación. Independientemente de la obligación de establecer las necesarias diferencias históricas, nunca antes el movimiento popular ha debido desplegar tanta capacidad de reflexión y crítica — como lo ha hecho en medida importante — frente a una realidad como la chilena sobre la cual tiene el deber imperioso de actuar para cambiarla.

Factores en torno a los cuales no ha existido antes capacidad de análisis — o sobre los cuales han pesado los dogmatismos de siempre — hoy han adquirido una relevancia y actualidad fundamental que ningún proyecto que pretenda levantar una alternativa real y viable para Chile, pueda dejar de considerarlos. Dimensiones propias de la superestructura ideológica, o institucionales, como los referidos a la Iglesia Católica, son de aquéllos que requieren un esfuerzo de entendimiento, de inteligencia tal, que evitarlo constituiría despojar de realidad todo enunciado programático, cualquier alternativa política y proyecto estratégico.

Este trabajo pretende aportar elementos de juicio y puntos de vistas a lo mucho que otros, desde distintas perspectivas, han ido incorporando a la necesaria e imprescindible discusión sobre el significado social y político que tiene la institucionalidad religiosa, el aporte de la teoría cristiana y los efectos de la práctica evangelizadora en medio del profundo retroceso experimentado por Chile luego del golpe militar.

El caso de Chile, es cierto, no es el único que revive el tema acerca de la naturaleza y perspectiva de la Iglesia y el cristianismo moderno, principalmente aquél que ha caracterizado a la Iglesia Católica luego del Concilio Vaticano II; ni es el único alrededor del cual se ha desarrollado un abundante despliegue de estudios referi-

dos a la materia.

Es en Chile, sin embargo, donde en la actualidad adquiere mayor nitidez el desarrollo de una concepción nueva sobre su papel institucional concebido como instrumentos ideológicos, políticos y de acción social y como modelo y/o medio de liberación social.

La participación *activa* en la compleja situación socio-política y económica por la que atraviesa el país, ha alterado visiblemente los elementos teóricos referenciales que caracterizaban el análisis.

Un modo singular de acción social

La acción de la Iglesia constituye un modo singular de acción social que se expresa en esferas distintas de la sociedad civil. En cada una de ellas, no sin contradicciones, la Iglesia ha ido configurando planteamientos, posiciones y formulaciones sobre toda la problemática nacional que aunque dicho en términos no sujetos al léxico "oficial" de las ciencias políticas (lo que ha movido una práctica reduccionista absurda) se han sustantivado en la realidad y adquirido importante poder de convocatoria.

Es claro que el pensamiento elaborado por la Iglesia chilena se debe a una variada gama de influencias y a los efectos de las soluciones dadas a sus permanentes contradicciones. Sin embargo, los términos con los que se traduce en la realidad de Chile la Teología de la Liberación; las homilías referidas a la situación social y política de Chile; la irrestricta defensa a los Derechos Humanos y la creación y apoyo material y de principios otorgados a la Vicaría de la Solidaridad, constituye, a nuestro entender, un todo coherente, insuficientemente sistematizado aún por parte del movimiento popular. Tal pensamiento es necesario comprenderlo a cabalidad, si en la perspectiva del proceso de efectivo despla-

zamiento tanto de los factores que hicieron posible la llegada de la Junta Militar como del aparato de dominación por ésta montada, los cristianos chilenos tienen un rol importante e insustituible, como lo han señalado, casi sin excepción, todos los sectores democráticos. Esto requiere tener presente que todo conocimiento alterado por "querer ver" lo que no es o "no ver" lo que efectivamente es, puede llevar a interpretaciones no sólo erradas sino que profundamente equivocadas en el plano político, y promover a su amparo un aliento no ajustado, sino a intereses que van más allá de la posibilidad histórica a que ello se realice.

Nuestro interés radica en establecer el máximo de conexiones lógicas entre lo que denominaremos como Mundo Cristiano y la Iglesia a fin de avanzar una definición política que acentúe la inquietud existente entre las fuerzas democráticas por un hecho que ha cobrado un grado de realidad que sobrepasa, al parecer, nuestras herramientas conceptuales.

¿Qué se esconde tras las proposiciones de buscar un nivel alto de entendimiento con la Iglesia en las acciones que permitan enfrentar a la junta militar fascista? Nos inclinamos a que ellas están movidas, por un lado, por la táctica del "aliancismo", expresión de la práctica tradicional de hacer política; y por otra, por el "entendimiento", expresión de ciertos mecanismos ideológicos según los cuales preexisten condiciones que le hacen viable, sin establecer cuales son las bases del mismo.

Al formularse una u otra política se olvida que la Iglesia es un complejo institucional que cumple la función de acercar al hombre a Dios a través de esa fuerza vital que es la fé. De tal misión terrenal dimana una concepción del hombre que con el correr de los siglos ha experimentado cambios significativos. Tal concepción, que ha dado paso a un cuerpo teórico denominado Humanismo Cristiano, no puede ser considerado sólo de manera parcial, es decir tomar lo fundamental, según nuestro punto de referencia, y dejar lo superfluo. Ello no es conveniente ni políticamente correcto, si existen condiciones ciertas de establecer acuerdos de carácter estratégico como los que han sido insinuados.

La Iglesia no es un partido político

La Iglesia no es un partido político. Tratarla como si fuera tal es de una ingenuidad inmensa, peligrosa y dañina para los objetivos que se persiguen. En otros términos, la Iglesia, su jerarquía y expresiones de diversos signos establecidas para la búsqueda del amor entre los hombres y en el hombre mismo; destinada a entregar el mensaje de Cristo para la salvación de la Humanidad, no puede ser disociada. Sólo un correcto análisis y consecuencial acción que parte de la consideración de la Iglesia como globalidad y no como parcialidad de lo "terreno" y de lo "no terreno", puede facilitar una acción justa por parte del movimiento popular.

Este artículo pretende aquéllo. En el marco de él es imposible agotar el tema. No es tampoco nuestra intención. Nos motiva el estudio, pero también una suerte de denuncia acerca de una especie de oportunismo que consiste en ver al "Mundo Cristiano" como una abstracción y no como un modelo real. Y en tanto abstracción, tal Mundo se realiza en el nuestro.

Abordar el tema requiere reconocer que hasta el momento hemos sido influídos notoriamente en cuanto al papel que juega la Iglesia, institucionalmente hablando, y los católicos, en cuanto fieles al dogma de fé, por una suerte de dogmatismo teórico que no encierra sino deficiencias conceptuales serias. En otras palabras, aún cuando durante la Unidad Popular se haya practicado una correcta política de relaciones con la jerarquía y el clero católico, y hayan sido muchos los católicos que independientemente al hecho "militante" se incorporaron al proceso revolucionario, la verdad es que la perspectiva desde la que se valoró la disposición favorable de la Iglesia en relación a los cambios que se emprendieron, así como la presencia de los católicos en los frentes de masas que impulsaban el proceso, estuvo marcada por el término, "han sido ganados". Es decir, se les sacó "de sus" verdades y los incorporamos a "las nuestras".

UNA OPCION QUE CRISTALIZA

La Iglesia Católica Chilena, mantiene una actitud crítica no exenta de dificultades frente a la junta militar que gobierna el país¹. Tal conducta ha sido el resultado de una permanente actualización y ajuste de sus planteamientos en medio de la coexistencia dentro de ella de dos fenómenos aparentemente contradictorios: por un lado, es un hecho que al interior de la Iglesia se mantiene el enfrentamiento entre las diversas concepciones existentes acerca de la finalidad última de la Misión Pastoral, cuyas raíces hay que buscarlas en la crisis ideológica y estructural a la que se enfrenta la Iglesia desde el Concilio Vaticano II, pasando por Medellín y Puebla; y enseguida a la búsqueda permanente de una política que permita superar estos enfrentamientos en la perspectiva de abrir cauce a la elaboración de un proyecto ideológico y religioso que sirva para salvar la unidad interna y mantener el pragmatismo político que le es característico.

Luego del golpe militar de Pinochet, se inicia para la Iglesia Chilena una nueva y decisiva etapa. La urgencia que le impusieron las dramáticas consecuencias sobrevenidas al "pueblo de Dios" por la tortura, la represión y la muerte a la que fueron sometidos los simpatizantes del Gobierno del Presidente Allende; y los intentos de la propia junta, por un lado, y la burguesía y los grupos integristas por otro, por legitimar el golpe desde un punto de vista religioso, caracterizan los primeros momentos de dicha etapa.

En no pocos documentos y declaraciones emitidas por el Comité Permanente del Episcopado luego del 11 de septiembre de 1973 se perciben contradicciones como las siguientes: se condena la represión, pero paralelamente de manera explícita se acusa al marxismo por la situación de caos y de crisis a la que habría arrastrado al país el gobierno depuesto. Se reconoce que la sociedad chilena sufre "odio", pero a menudo tiende a relacionarse esa expresión con el concepto de lucha de clases propio de la ideología marxista².

Es el momento en que los grupos integristas al interior de la jerarquía eclesiástica logran desplegar dos

tácticas diversas frente a la manifiesta ambigüedad de la mayoría de dicha jerarquía:

a) una destinada a restar toda legitimidad cristiana a la acción pastoral emprendida por los grupos progresistas, principalmente aquéllos que se ubican en la corriente de "Cristianos para el Socialismo". Como se sabe estos habían logrado desde los inicios de los años 60 una presencia significativa junto a los sectores populares (obreros, pobladores y campesinos) y una fuerte inserción en el movimiento popular (organizaciones y partidos). La acción de este movimiento se caracterizó básicamente por concebir la misión espiritual y asistencial como una nueva vocación pastoral e identificar la liberación social, política y económica con la liberación del hombre como parte del "pueblo de Dios en marcha"; y

b) otras táctica destinada a otorgarle respaldo eclesiástico a la junta en tanto régimen autoritario nacido de la "violencia necesaria"³ y en tanto alternativa de revitalización del capitalismo extremo. En este punto llegan a elaborar tres principios recogidos en el documento Declaración de Principios de la Honorable Junta Militar:

Primero: derecho de rebelión contra el tirano, principio abandonado al poco tiempo tanto por la incapacidad de justificarlo desde un punto de vista canónico, como por la reversibilidad del argumento.

Segundo: principio de la liberación de Chile, justificado por un lado por el nacionalismo, ideología oficial proclamada por la junta desde el mismo 11 de septiembre; y por otro, por la supuesta "satelización" sufrida por el país (que escondía una xenofobia delirante), y

Tercero: principio de defensa de la propiedad privada, justificado como consustancial al derecho natural y divino, por lo tanto, proveniente de la voluntad de Dios.

La acción de grupos integristas (algunos obispos, sacerdotes tipo cura Hasbún, FIDUCIA, Grupo Hispanista y "Opus Dei") se emprende dentro de una Iglesia que había asimilado contradictoriamente la crisis generalizada de la sociedad chilena de los últimos quince años y las nuevas perspectivas eclesiales abiertas desde el Concilio Vaticano II y Medellín. Los términos y los conceptos utilizados por

¹ Sobre el tema se refiere la entrevista concedida por el Cardenal Raúl Silva Henríquez a la Revista "Hoy" (Semana del 3 al 9 de octubre de 1979).

² En la Declaración del Comité Permanente del Episcopado de septiembre de 1975 se dice: "Nosotros" — dicen los obispos — "reconocemos el servicio prestado al país por las Fuerzas Armadas al liberarlo de una dictadura marxista que parecía inevitable y que había de ser irreversible. Dictadura que sería impuesta en contra de la mayoría y que luego aplastaría a esa mayoría". ("Evangelio y Paz").
"Hemos conocido al marxismo... es erróneo e inmoral. Coloca a la lucha de clases como el fundamento necesario de la vida social, lo que lleva al enfrentamiento, al odio y a la violencia". (Monseñor E. Tagle, "El Mercurio" 14-9-73).

³ "Yo les digo que esa sangre era necesaria". Palabras dichas por el fundador y Presidente, recientemente fallecido del "Opus Dei", Monseñor José María Escrivá de Balaguer, con ocasión de la visita que realizó a Chile a mediados de 1974.

estos grupos constituyen un intento de renovar, en la experiencia chilena las mixtificaciones sufridas por la concepción cristiana del hombre y de la sociedad y recuerdan las conocidas condenas formuladas al "marxismo ateo". Ellos, sin embargo, no penetran ni en los sacerdotes jóvenes de la Iglesia, fundamentalmente en aquéllos que con diversos grados se identificaban con el movimiento popular, ni en la mayoría ostensible de la jerarquía. Es más, varios obispos que asumieron la tarea de respaldar la junta militar, haciendo sinónimos la "reconciliación y la paz" proclamada por los militares y la "restitución de la democracia", insinuada en las primeras declaraciones de aquélla, acabaron por convenirse del error de apreciación ideológica en que habían incurrido. Lo mismo puede decirse de Hasbún: convertido en "guía espiritual" tras un mensaje que buscaba mantener latente los valores típicos de las clases medias, impregnados de desviaciones justificativas de los regímenes autoritarios, debió abandonar su intento de sumar los sectores medios de la DC al régimen impuesto⁴.

Es curioso constatar al respecto, que ni el movimiento popular ni los propios sectores de la Iglesia identificados con aquél, tenían una apreciación exacta del papel de los grupos integristas más estrechamente ligados al proyecto que encabezaron las Fuerzas Armadas Chilenas. Es indudable que éstos son de manera más evidente los que asumen la lucha ideológica tanto al interior de la propia Iglesia como en el seno de los grupos de la burguesía monopólica; son los que configuran una suerte de teología de la junta y los que proporcionan los cuadros más calificados ("intelectuales orgánicos") a la tecnocracia y al sistema de dominación burocrático instalado. Numéricamente insignificante, como en otros países, su influencia le ha permitido a la junta militar configurar un marco ideológico dentro del cual alternativamente se mueven⁵. Sus más connotados miembros siguen proporcionando alternativas políticas; diseñando salidas y ajustes a los planes económicos y legitimando la experiencia a través de una grosera manipulación del pensamiento portaliano y cristiano. El grupo "Hispanista" y el "Opus Dei"⁶ configuran, al

parecer el sector más poderoso, luego del "pacto de honor" al que habrían llegado entre ellos y al convencimiento que tendrían de ser los únicos y más calificados exponentes de la ideología "fin de las ideologías". Aristocratizantes y elitistas, son los grupos sobre los cuales nadie percibe "crisis de su conciencia cristiana" y en los cuales la agresividad ideológica adquiere máxima expresión.

La decidida embestida de los grupos integristas en la situación límite a la que había arribado la sociedad chilena y los éxitos que logran en los primeros tiempos demostraron que aún es posible extraer legitimación religiosa a partir de la doctrina de la Iglesia y acomodarla a los requerimientos de la burguesía.

El peso represivo impuesto por el aparato policial pronto se extendió a los grupos cristianos, principalmente entre aquellos identificados con el Gobierno Popular. La fragilidad de la estructura unitaria de la Iglesia, remecida por estos acontecimientos, y la manifiesta ambigüedad de sus primeras declaraciones, en las que ni se rechaza la declaración de principios, fundada en la interpretación de ciertos valores cristianos, ni se pone en tela de juicio la legitimidad de la junta militar, abren un período de crisis ideológica en la Iglesia chilena, cuyos parámetros esenciales deben asumir la nueva realidad.

A partir del reconocimiento de esta crisis, se impone un nuevo alineamiento de los sectores en los que tradicionalmente se habían distinguido al interior de la Iglesia, y se logra configurar el liderazgo del Cardenal Raúl Silva Henríquez, como única figura capaz de mantener la unidad y la integridad de la Dirección Superior de la Iglesia.

Hasta antes del golpe, la Iglesia observaba en su seno la presencia de tres corrientes relativamente cristalizadas en sus opciones y sus influencias. A partir de él, y más precisamente luego de la evidencia del carácter definitorio de la nueva crisis, dichas corrientes buscan la confluencia, se identifican en el afianzamiento de la autonomía institucional y afirman la necesidad histórica de preservar la unidad interna de la Iglesia. El "carisma de resistencia" no tiene cabida — por el momento — en la jerarquía, ni tiene posibilidades de ser asumidas por los cristianos, cuyas definiciones ideológicas los identifican con el pensamiento histórico del movimiento popular. Junto con él, aquéllos también se encuentran dispersos y carentes de dirección. La teología de la junta, no tiene ni fuerza jerárquica ni capacidad

actividades, entre otros campos, en 497 universidades y colegios superiores; 52 emisoras de Radio y TV; 42 productoras y distribuidoras cinematográficas; 694 publicaciones y 38 agencias informativas. (El País: 11-11-1979).

⁴ Sobre este tema, ver el artículo de Jaime Rojas y Franz Vandershieven "La Iglesia Católica y la Junta Militar en Chile". (Chile-América, N. 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20, 21).

⁵ En relación con el papel desempeñado por la Iglesia y el cristianismo católico en España, ver el artículo "El caso chileno y la España de los años 30: Contraste y similitud", de Henry A. Landesberger y Juan J. Linz en "Chile, lecciones de una experiencia. Editorial Tornos. España.

⁶ Recientemente el periódico "El País" de Madrid publicó un artículo referido al "Opus Dei". En este se dan a conocer algunos datos interesantes sobre esta organización. Sobre la base de documentos internos del propio "Opus Dei", éste tiene unos 72.370 fieles de 87 nacionalidades que desarrollan

de hegemonía al interior del mundo cristiano. Se impone, por tanto, la "reconciliación y la paz", matizada por una creciente "denuncia profética" y la búsqueda de una definición ideológica religiosa que responda tanto a los requerimientos de la realidad, como a las perspectivas históricas deseables por la mayoría de la jerarquía.

Un doble proceso se configura, entonces, al interior de la Iglesia Católica: el de la consolidación de su presencia institucional (unidad y autonomía), amagada permanentemente por la acción represiva, las campañas periodísticas de desprestigios contra las principales autoridades del clero y los intentos divisionistas⁷; y el proceso por el cual asumen la obligación moral de crítica y de denuncia a la realidad configurada en el país. El punto de encuentro de ambos procesos se hará en torno a la señalada ideología de la reconciliación, sobre la cual coexistirán, sin aparentes dificultades, dos versiones: una, que concibe la reconciliación como la expresión de la política del "buen samaritano", que no pregunta las razones del conflicto; y dos, aquella que no sólo se pregunta las razones de la injusticia, la miseria, la cesantía y el hambre, sino que además dirige su acción a la búsqueda de soluciones posibles: es la reconciliación-solidaridad, nueva fórmula de misión pastoral que recoge las experiencias de la Iglesia, tanto aquellas de los años 60, como las obtenidas en medio de la experiencia del proceso de gobierno de la Unidad Popular.

Consolidación Institucional

En la historia de la implantación de la Iglesia Chilena, jamás se había cuestionado su misión espiritual ni su jerarquía eclesial, al punto que lo ha sido durante los años de la junta militar. El signo autoritario de ésta, la ruptura de la convivencia democrática, la imposición de su política económica, no podían aceptar la presencia de una Iglesia crítica, que asume la defensa de los pobres, de los perseguidos; que se plantea como incómoda a la conciencia de los cristianos que gobiernan, y que, en último término, se convierte en el espacio político, sin que ello signifique opción política, dentro del cual

es posible señalar críticas al orden establecido. Varios factores permitieron que las intenciones de debilitar su presencia institucional activa en la nueva situación chilena fracasaran:

a) el apoyo que desde un inicio recibió la jerarquía y particularmente el propio cardenal, de parte del Vaticano. Este, sin llegar a configurar una política anti-juntista, ha reafirmado permanentemente su postura de condena a la violación de los Derechos Humanos en Chile; ha respaldado la acción solidaria emprendida, primero a través del Comité Pro-Paz y luego el desarrollado por la Vicaría de la Solidaridad, y ha afirmado el liderazgo y la autoridad del Cardenal⁸.

b) La prontitud y franqueza con la que el Comité Permanente del Episcopado ha reconocido las dificultades surgidas con el gobierno y la imposibilidad de éste de minimizarla, ha sido otro factor importante que en último término ha reafirmado la capacidad de respuesta de la Iglesia. Esta, a partir de sus definiciones doctrinales, ha logrado que sus puntos de divergencias con la política oficial del gobierno trasciendan los marcos de su acción solidaria y penetren más allá del ámbito social y político que le era propio. Así, el deber de ayudar al que sufre, de predicar la justicia y la paz como base de toda organización social humana y armoniosa, y de dar a conocer "su buena nueva" que encierran los postulados de Medellín y de Puebla han trascendido el conflicto mismo y estructurado la base de apoyo social y político sobre los cuales descansa la acción pastoral y evangélica que realiza la Iglesia.

c) La profunda interrelación alcanzada entre las comunidades eclesiales de base (CEB) con el movimiento popular, ha permitido a la Iglesia establecer nuevas esferas sociales sobre las cuales realizar su acción y afirmar su carácter. Esta interrelación ha constituido el punto de encuentro a partir del cual la presencia del mundo cristiano adquiere relevancia político-organizativa (comedores populares, respaldo a la tarea sindical), dentro del cuadro general de repliegue del movimiento popular; capacidad de convocatoria social (acciones por los detenidos-desaparecidos) y frente de convergencia de las diferentes opciones políticas, tanto de los partidos (DC y UP) como de las organizaciones de masa (pobladores, sindicatos y juveniles etc.).

⁷ Al respecto recuérdese entre otros casos, la campaña desatada contra el Comité Pro-Paz; contra los sacerdotes que brindaron ayuda a los dirigentes del MIR; contra los Obispos Enrique Alvear, Fernando Ariztía y Carlos González y el "recibimiento" que les brindó la DINA en Pudahuel, luego de que fueron expulsados de Ecuador (Río Bamba). Sobre los intentos de división, recuérdese la aguda polémica producida entre la jerarquía y el grupo "Fiducia", a raíz de la publicación hecha por este grupo del libro "La Iglesia del Silencio". La última campaña contra el Cardenal y la Iglesia se ha registrado estos últimos meses a propósito del "caso Lonquén".

⁸ El Cardenal Silva Henríquez fue recibido en cuatro oportunidades por Pablo VI y lo ha sido en dos por Juan Pablo II. El Nuncio Apostólico en Chile le ha respaldado públicamente en todos los conflictos graves surgidos con el gobierno, la prensa oficialista y los grupos integristas.

CRITICA Y DENUNCIA: LA RECONCILIACION Y LA UNIDAD EN LA PERSPECTIVA DEMOCRATICA

Aún en el cuadro de contradicciones y crisis que le caracterizaran inmediatamente después del golpe, la Iglesia asumió la perspectiva de solución democrática a la crisis institucional vivida por el país. Tal opción, sin embargo, no logra consolidarse en la jerarquía sino cuando es evidente que el régimen constituye no sólo la negación de sus principios doctrinales más elementales, sino cuando, además, éste descubre su proyecto esencialmente anti-democrático. No sin dificultades y consecuencias, la Iglesia ha configurado un proyecto ideológico-religioso, cuyas bases doctrinales recogen y condensan las fórmulas desarrolladas en Medellín (Teología de la Liberación)⁹; la tradición cívica y republicana de Chile; los aportes de los principales documentos y encíclicas del Vaticano desde Juan XXIII en adelante, y las experiencias políticas de la propia Iglesia y de los cristianos en general.

No se trata de una alternativa de poder, ni de una exposición programática, con vistas a la constitución de un gobierno. El pensamiento de la Iglesia, consolidado en la crítica a la política de la junta en diversos terrenos de su acción pública (educación, empleo, política económica, etc.), y de la denuncia "profética" de la acción emprendida por el aparato represivo, se perfila como un cuerpo doctrinal destinado al conjunto de la población. Es un intento de "reconciliación y unidad" que pretende superar las contradicciones históricas de la sociedad chilena y abrir paso a una etapa de convivencia democrática. Más allá de los legítimos interrogantes acerca de la viabilidad de las proposiciones formuladas, lo real es de que ellas constituyen un todo coherente, cuyo análisis no dogmático requiere un esfuerzo de claridad conceptual y de capacidad política por parte del movimiento popular aún no hecho con la intensidad y la rigurosidad requeridas¹⁰.

Asumir la historicidad de esas formulaciones plantea el reconocimiento de que ellas están dirigidas fundamentalmente al área de influencia del partido Demócrata Cristiano; a los elementos cristianos de las Fuerzas Armadas y a los diversos estamentos ligados a la estructura orgánica de la Iglesia. Sin embargo, la trascendencia y significado ideológico de las mismas superan este marco social e implican al conjunto de las fuerzas sociales y políticas comprometidas con el cambio y la sustitución del régimen autoritario que gobierna el país.

Para considerarlo, es necesario tener en cuenta una serie de elementos doctrinales. La palabra de la Iglesia, cuyo mensaje hace referencia fundamentalmente a los Evangelios, define una cosmogonía dentro de la cual la salvación cristiana y la historia humana se identifican. Amor, justicia y paz, constituyen la esperanza de un nuevo orden mundial en el cual el Reino de Dios adquiere dimensión histórica como signo de su voluntad. El odio, la represión, la violencia, la injusticia y la miseria, son evidencias del pecado y corresponde a los propios hombres superarlos, con la ayuda y misericordia que Dios provee.

En tal relación, la política como expansión de los requerimientos del hombre por desarrollar y perfeccionar su convivencia; como preocupación por el logro de estadios superiores para la sociedad, se funde con la fé cristiana, en tanto expresión del dogma revelado, pero además en tanto expresión de la voluntad de Dios por poner fin a la injusticia terrena. La liberación del hombre de toda suerte de opresiones e injusticia, se dimensiona, desde un punto de vista cristiano, en el humanismo fundado a partir del mensaje de Cristo¹¹. Mensaje dirigido a los pobres y desamparados; a los oprimidos y a los esclavos, a los que sufren. Su cuerpo conceptual se condensa en la Doctrina Social de la Iglesia, a partir de una permanente confrontación entre las realidades históricas y los principios elementales del Evangelio.

En este sentido, la Iglesia busca no identificarse con tal o cual sistema político, económico o social. Sus postulados marchan con la humanidad (Marcha del Pueblo de Dios) y no cristalizan sino en el Reino de Dios. Trasciende críticamente los "momentos" de esa marcha. Se detiene para marcar los compromisos de los cristianos frente a tal o cual realidad o estado de injusticia y negación de la paz. El dogma, así, se convierte en acción y traspasa su formulación abstracta.

En el llamado mundo cristiano occidental, la concepción cristiana del hombre y la sociedad asume el capitalismo críticamente e incluso llama a transformarlo. El estado de miseria de dos tercios de la humanidad, contrastando con la opulencia y la riqueza de las naciones poderosas, merece un desafío doctrinal que la Iglesia asume en el caso de América Latina en Medellín, y reafirma en su líneas generales en Puebla. Violenta así su propia

⁹ Sobre el tema de la "Teología de Liberación", ver el libro de Gerardo T. Farrell "Teología de la Liberación".

¹⁰ Ver el artículo "Interrogante acerca de cristianismo y revolución" en Chile-América N. 52, 53 de Hugo Zemelman.

¹¹ Sobre El Humanismo Cristiano existe un interesante artículo escrito por Mario Zañartu S.J. en la serie de la Corporación de Promoción Universitaria, Santiago de Chile. Agosto de 1977.

historia, desafía su pasado y hace suya la revolución doctrinal del Concilio Vaticano II y la figura de Juan XXIII.

Estos valores constituyen la base, pues, de un conjunto de proposiciones que la Iglesia ha venido definiendo en el caso de Chile, con la finalidad de superar la situación de negación de los valores elementales que la definen. Se recogen éstos en diversos documentos y declaraciones coyunturales en los que se muestra el alto grado de reflexión de la jerarquía y sus diversos organismos, así como el estado de la conciencia colectiva del mundo cristiano que en ellos buscan reflejar.

Entre los documentos entregados por la Conferencia Episcopal de Chile a la consideración nacional, creemos interesante destacar por su amplio contenido y sentido orientador del quehacer y perspectivas actuales de la Iglesia, aquél conocido bajo el nombre de "Nuestra Convivencia Nacional"¹². En él se dan a conocer puntos de vista, hasta ese instante sólo insinuado, sobre temas diversos y fundamentales para el conjunto de la Nación.

El, naturalmente, no agota la vasta serie de temas que interesan al movimiento popular; ni se expresa en términos tácticos; ni propone programas; ni formula vías; ni establece campos de alianza políticas y sociales posibles. Es un documento eclesial y testimonial, que a diferencia de otros que con el mismo carácter han abundado en la literatura política nacional, proviene de la única institución con capacidad de deliberar y señalar juicios autónomos e irradiar en la actualidad influencia al conjunto de la sociedad chilena. Nuestra Convivencia Nacional ha tenido la inmensa virtud de esclarecer la postura oficial de la Iglesia sobre cuestiones vitales para el movimiento popular, responsable en último término de proponer las alternativas viables y estables para encauzar la acción destinada a derrotar el proyecto autoritario instalado en Chile y abrir cauce a un proceso democrático.

Una obligación del Movimiento Popular

Los visibles signos de transformaciones operadas en las jerarquías y en la base de la Iglesia Católica Chi-

¹² "Nuestra Convivencia Nacional", dado a conocer por el Comité Permanente del Episcopado en la Conferencia Episcopal de Chile el 26 de Marzo de 1977, toca entre otros problemas el de la orientación pastoral de la hora actual; el humanismo cristiano y la situación de Chile; el poder judicial y los "desaparecidos"; los partidos políticos y las corrientes de opinión, resaltando la dignidad de la política; la unidad nacional como necesidad histórica; y se refiere a la situación existente en relación a la Constitución estudiada por la Comisión Ortúzar y a la dramática situación económica del país.

lena obedecen a la interrelación de una serie de factores políticos e ideológicos encadenados en el devenir histórico de los últimos cuarenta años. Conocer los orígenes y las orientaciones que cada uno de ellos tomó, a la luz del profundo proceso de la involución democrática producido en Chile, constituye una obligación política e intelectual de primer orden para el conjunto del movimiento popular.

No es posible seguir contentándose con la idea de que la Iglesia, en último término constituye el sostén de las clases dominantes en tanto legitimadoras históricas de todos los regímenes de explotación. Ni tampoco es posible que la historia nacional pueda seguir siendo abordada como un encadenamiento sucesivo de fenómenos estructurales que afirman el carácter dependiente y subdesarrollado de nuestra Nación. Las exigencias del análisis requieren un mayor énfasis en el estudio del comportamiento de la superestructura ideológica de nuestra formación económica y social. En ella se encuentran factores de causalidad histórica no despreciables a la hora de conocer hechos tales como "la actitud fascista" de los sectores denominados medios; las posibilidades de afirmación y desarrollo de nuestra "identidad nacional"; los rasgos de nuestra "cultura nacional", etc...

Las carencias analíticas del movimiento popular, es cierto, no pueden dimensionarse en términos absolutos. Provisto de estructuras conceptuales provenientes fundamentalmente del marxismo, la historia del desarrollo político e ideológico del movimiento popular muestra la profunda inserción que el movimiento revolucionario alcanzó en la sociedad chilena, a partir de los años 20 y luego de distinguir las singularidades de nuestro proceso histórico. Sin embargo, ellas se muestran insuficientes cuando se pretende incorporar a los procesos de cambio y a la tarea del socialismo a sectores a los cuales se los percibe, *per se*, como proyectos alternativos y posibilidades hegemónicas diferentes e incluso antagónicas.

Aligerar la carga ideológica; despojarse de dogmas; asumir la creatividad y auscultar con inteligencia nuestra realidad, supone dimensionar la historia del movimiento popular desde todos los ángulos posibles, sin pretensión de síntesis intelectual, y llenar todos los espacios políticos o ideológicos que aún permanecen oscuros. Entre éstos se encuentran aquéllos relacionados con el desarrollo y la orientación asumida por la Iglesia Católica en los últimos decenios.

A ese fin, es cierto, se han consagrado una serie de estudios relacionados con el papel jugado por la Iglesia y los sectores cristianos en la vida institucional chilena. Con énfasis diversos, de ellos es posible extraer que en los últimos años habría que distinguir — sólo analíticamente — la existencia de dos áreas de influencias específicas ejercidas sobre la Iglesia: una, que podríamos

denominar tentativamente "exógenas" a la formación socio-económica chilena, proveniente de las Resoluciones y aportaciones hechas por el Concilio Vaticano II, Medellín y Puebla; y dos, aquélla que podríamos denominar también tentativamente como "endógenas" que son propias de la historia política y social chilena. Aquí deberían contemplarse, a lo menos, las siguientes etapas y situaciones claves vividas directa o indirectamente por la Iglesia nacional:

- a) los orígenes y la formación de la Falange Nacional
- b) la relevancia de algunas personalidades eclesásticas, como las del Obispo Larraín y del Padre Hurtado
- c) la "revolución en libertad", que, en tanto "alternativa al marxismo", genera la Promoción Popular y

que, al aflorar las contradicciones propias de su proyecto, debe aceptar la constitución del MAPU y de movimientos cristianos independientes que expresaban una corriente que se había planteado la "revolución en libertad" como "alternativa al capitalismo".

Excede los marcos de este trabajo, intentar un análisis pormenorizado de estos hechos evidentemente relevantes para un mejor y más adecuado conocimiento del marco ideológico-religioso dentro del cual se mueve la Iglesia Chilena. Sin embargo, sobre la base de que los fenómenos que en ella se perciben son comunes a varios países del continente, es imprescindible realizar tal análisis pues, en la mayoría de ellos, es posible distinguir poderosas corrientes identificadas con la liberación política, económica, social y cultural de sus pueblos, cuyas raíces guardan similitud con el caso chileno.

ALGUNOS ELEMENTOS PARA EL ANALISIS DE PUEBLA Y MEDELLIN

La Declaración Final de la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín (CELAM II) realizada en 1968, promovió la transformación más importante de la labor pastoral y evangélica de la Iglesia Católica Latinoamericana de los últimos siglos. A partir de este Encuentro se establecen varias líneas de acción de significación trascendente para el futuro de la Iglesia en el Continente. Dichas líneas expresan la firme decisión de los obispos que concurrieron a esa reunión, por ubicar en el contexto de América Latina, los aportes del Concilio Vaticano II; por recoger la enseñanza de sus propias experiencias y por enfrentar el drama político y social, así como las esperanzas de los pueblos latinoamericanos. Medellín denunció con sentido profético, las injusticias flagrantes que padecen la mayor parte de los pueblos latinoamericanos (la violencia institucionalizada, el colonialismo, el neo-colonialismo, la carrera armamentista promovida por los grandes monopolios, los términos de intercambio desfavorables para los países latinoamericanos, la fuga de capitales, etc.). CELAM II constituyó además el más serio esfuerzo por relacionar la tarea evangelizadora con los anhelos de liberación de los pueblos; de ubicar la acción de la Iglesia en medio de las urgencias del cambio; de relacionarla con los procesos históricos concretos de América Latina. CELAM II fue, además, un verdadero "triunfo de los pobres" — como la definirían algunos obispos peruanos — y el reencuentro de la Iglesia con su misión de liberación integral del hombre, tal como allí fue definida. Es hito de referencia necesaria para cualquier análisis crítico de la misión apostólica de la Iglesia Católica.

Desde allí cobró fuerza lo que se ha denominado la Teología de la Liberación, herramienta teórica y práctica de imprescindible valor para evaluar las expectativas del Mundo Cristiano frente a las urgentes tareas políticas y sociales del presente. Según un balance entregado a CELAM III, a partir de Medellín, la Iglesia Católica desarrolló más actividades, jornadas de estudio, de reflexión y de oración en los últimos años que en todos los últimos cien años. Su proyecto-denuncia invocó la necesidad de resolver estructuralmente los obstáculos que impiden al hombre latinoamericano — especialmente los de las "clases pobres" —, acceder al disfrute de los derechos fundamentales que le son propios (salud, educación, vivienda, recreación, etc.). Indagó en las causas de la injusticia y señaló los mecanismos del poder y la riqueza que las genera.

Las líneas programáticas de acción quedaron definidas a través del impulso que se le dió a las siguientes tareas: al trabajo de las comunidades eclesiales de base (CEB), definidas como el "nuevo modelo de Iglesia"; a los Ministerios laicos; a la religiosidad popular, forma de vida cristiana que practican más del 80% de los creyentes del Continente; a la evangelización popular de las barriadas de las grandes ciudades; y al trabajo de los medios juveniles y de las familias.

Si Medellín tuvo presente los aportes del Concilio Vaticano II, fundamentalmente el documento *Gaudium et Spes* — que sirvió de base para sus deliberaciones — y las encíclicas *Mater et Magister* y *Pacem in terris* de Juan XXIII; Puebla ha tenido ante sí, además de la Declaración Final del anterior encuentro, dos do-

cumentos cuyos términos no parecen coincidir en la intencionalidad final, según quienes los han estudiado de manera especial: se trata de "Evangelii Nuntiandi" del Papa Paolo VI y el Documento Preparatorio de CELAM III entregado por el Consejo Episcopal Latinoamericano a todas las Conferencias Episcopales Nacionales para su discusión, en lo posible, por todas las instancias incluyendo las bases de cada Iglesia.

El primero constituye una exposición que avanza en el campo de la evangelización, según la línea de Vaticano II, reafirmando doctrinalmente lo elaborado en Medellín. El segundo, en cambio, evidenció un intento de transformar CELAM III en una suerte de reexamen de lo avanzado y de acentuar la línea espiritual sobre la línea pastoral vinculada a la liberación¹³.

Antes de Puebla se discutió bastante sobre si esta nueva Conferencia significaría un nuevo retroceso de la Iglesia o no, frente a la demanda que es objeto. Más que en 1968, se sostenía, "es imprescindible que Puebla reafirme su compromiso con los pueblos oprimidos"¹⁴, ante la miseria creciente y con la condena a la constante violación de los Derechos Humanos. Esto motivó que el documento preparado por el Consejo — al cual se ha hecho referencia — fuera discutido y analizado críticamente por la mayor parte de los Consejos Episcopales y que algunos insinuaran incluso, la necesidad de rechazarlo. De las deliberaciones realizadas, surgieron una serie de proposiciones alternativas que se darían a conocer en el transcurso de la reunión.

Los inicios de CELAM III, particularmente luego de las palabras con las que el Papa inauguró la reunión, hicieron prever que los sectores más tradicionales impondrían sus criterios. Sin embargo, aún cuando no es posible evaluar con exactitud su posible impacto histórico, todo indica que la Declaración Final es merecedora de la calificación que se ha hecho de la reunión: se ha dicho "Puebla es para los pueblos" y "Puebla confirma a Medellín".

Consenso entre tres corrientes

El mencionado documento fue al fruto de un trabajo consensado entre las tres corrientes que allí se perfilaron. Consenso que no debe ser entendido como "arreglo" ni como "componenda" sino como el denominador común de tres concepciones teológicas y cristológicas existentes con características distintas según el país en la Iglesia latinoamericana. Estas corrientes se distinguen principalmente por lo siguiente:

a) la preconciliar o conservadora, ejemplificada en la mayoría de los prelados argentinos, busca acentuar los rasgos de carácter espiritual doctrinario de la Iglesia.

b) La corriente de centro, también denominada corriente de crítica constructiva, cuya condena a la doctrina de la seguridad nacional se hace con la misma intensidad que la que hace el marxismo, está ejemplificada por la conducta general de la mayoría del episcopado chileno y

c) La corriente profética-progresista ejemplificada por el episcopado de Brasil, busca asumir el diálogo con el marxismo y otras corrientes del pensamiento revolucionario, así como sus aportes metodológicos. Se identifica con los aportes a la liberación hechos en Medellín y con las luchas de los sectores democráticos y de sus propios países.

A juzgar por la Declaración Final puede decirse que Puebla se planteó un programa pastoral que acentúa la necesidad de que la evangelización se funde — en una perspectiva liberadora — con la suerte de los sectores populares. No elude el problema del subdesarrollo, la miseria y la dependencia. En cuanto a los Derechos Humanos confirma la postura crítica que ha sostenido Juan Pablo II en relación a sus constantes violaciones particularmente en Chile y Argentina¹⁵.

¹³ En torno al documento Preparatorio, el teólogo chileno Rev. Rolando Muñoz, realizó un estudio minucioso en el que demuestra las tendencias y omisiones importantes en las que este cae. "Aportes a la Reflexión sobre la Tercera Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Documento de consulta en las Conferencias Episcopales", Mensaje, Stgo. de Chile, Marzo-Abril de 1978.

¹⁴ El Vicario Episcopal de la Pastoral obrera de Santiago declaró: "La reunión de Puebla debe reafirmar y ampliar el compromiso de toda la Iglesia con la defensa y promoción de los Derechos de los trabajadores..." (Declaraciones de Mons. Alfonso Baeza Donoso a Inter Press Service).

¹⁵ El documento final consta de más de 200 páginas. En uno de sus párrafos dice: "Desde el seno de los diversos países que componen América Latina, está subiendo hasta el cielo el clamor cada vez más tumultuoso e impresionante. Es el grito de un pueblo que sufre y que demanda justicia, libertad, respeto a los derechos fundamentales del hombre y de los pueblos". (49).

En otro párrafo se lee:

"Descubrimos que ésta pobreza no es una etapa transitoria; sino que es el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas que originan ese estado de pobreza aunque hayan también otras causas de la miseria. (19)

Los Cristianos y la política en Chile

Las notas que se desarrollan a continuación son breves y puntuales consideraciones a un extenso tema que requiere de precisiones conceptuales más finas y de un análisis despejado de prejuicios limitantes.

La idea central que se desea desarrollar es la siguiente: a nuestro juicio se comete un lamentable error al situar el despertar cristiano hacia las concepciones progresistas, sólo a finales de los años 60. Con ello se tiende un velo dogmático sobre un espacio de tiempo fundamental para explicar el desarrollo del pensamiento cristiano de avanzada en Chile y su inserción en la lucha social y política hasta nuestros días.

La separación de influencias y coacciones de la Iglesia del Estado consagrada en la Constitución de 1925, fue el fruto de un lento proceso de asimilación por parte de sectores cristianos de la Encíclica *Rerum Novarum*; de las luchas que liberales y radicales junto a sectores del viejo partido democrático venían dando desde el siglo XIX en torno a la instauración de un Estado laico; de la capacidad de ciertos sectores de la propia Iglesia para entender que mientras el Partido Conservador siguiera siendo el brazo político de la institución, ésta no tendría mayor significación en la vida social y política del país; y de las influencias ideológicas provenientes del socialismo científico.

La identificación de la Iglesia con el Partido Conservador en el terreno político, había servido a éste para legitimarse ante vastos sectores de la población. La manipulación de tal relación fue la base sobre la cual la oligarquía nacional terrateniente tendió su dominación sobre el campo y fundamentó la explotación, la riqueza y el poder político alcanzado.

La separación de la Iglesia del Estado, generó dos fenómenos paralelos al interior tanto de la propia Iglesia como de los sectores cristianos comprometidos con este paso institucional: por una parte, abrió las posibilidades pluralistas al interior de la Iglesia; y por otra, se inició el proceso de definitivo resquebrajamiento político e ideológico del viejo y confesional partido conservador. El primero posibilitó que lentamente la jerarquía abriera el diálogo doctrinal al conjunto del clero y asumiera los efectos dramáticos de la crisis económica y social de los años 30. El segundo, generó las bases sobre las cuales un grupo de jóvenes intelectuales y profesionales cristianos, entre los cuales se contaban Frei, Gumucio, Garretón, Leighton, Palma y otros, cuestionaran la base ideológica del conservadorismo nacional; su adscripción confesional y su proyecto autoritario¹⁶.

¹⁶ La proclamación en 1938 de la candidatura presidencial del banquero y hombre de empresas Gustavo Ross Santa

El grupo mencionado constituyó el núcleo central en torno al cual se dieron los primeros pasos para la fundación de la Falange Nacional¹⁷. Este partido, que desde sus comienzos asume los aportes ideológicos de la doctrina social cristiana y la representación política de los sectores desligados de la prédica espiritualista e inmovilista de la Iglesia tradicional, desarrolló a través de sus casi 20 años de existencia una interesante y poco estudiada experiencia política. En efecto, éste se convirtió en el canal natural para un sector de la pequeña burguesía nacional que violentada por las consecuencias de la última guerra mundial, rechazó, desde posiciones cristianas, las teorías fascistas y aceptó el diálogo político con los sectores de la izquierda marxista.

Importante capacidad de influencia y convocatoria manifestó entre el contingente de estudiantes y obreros atraídos por la acción evangélica de la Iglesia. Esta había constituido a partir de esta acción eclesial una serie de organizaciones. Ellas pasaron a constituir, con el tiempo, "las escuelas de cuadros" desde las cuales, primero la Falange, y luego la propia Democracia Cristiana reclutaron un número apreciable de dirigentes¹⁸.

Algunos hechos relevantes

A modo de síntesis creemos que a partir de las características de su representación social y del sentido de las orientaciones ideológicas-políticas que la caracterizaron desde su creación es posible extraer los siguientes hechos relevantes:

primero: aún cuando la opción socialista no alcanza a ser asumida por el sector clave de este partido, en él se perfila un pequeño sector cuya definición social y política tiende a identificarse con aquélla;

segundo: el más significativo de los sectores — y el mayoritario —, se inclina por generar las bases de

María, por parte de la derecha, fue el momento que eligió este grupo para separarse definitivamente del partido Conservador.

¹⁷ Existen diversas interpretaciones sobre la razón tenida por este grupo para denominar Falange Nacional a su partido — Mientras algunos ven en él un intento de introducir en Chile la experiencia de la Falange española, otros sostienen que ello fue sólo un alcance de nombre y que este se inspiró en las falanges griegas.

¹⁸ Entre estas organizaciones creadas por la Iglesia cabe mencionar la Juventud Obrera Católica (J.O.C.) y la Juventud de Estudiantes Católicos (J.E.C.).

un proyecto propio. Cuentan para ello con el apoyo de algunos sectores de la jerarquía, fundamentalmente los más ligados a la Universidad Católica, y su Rector, Monseñor Casanueva.

tercero: un sector del movimiento obrero organizado, así como organizaciones de empleados particulares y públicos, adhieren a este partido atraídos más por la doctrina social de la iglesia y la ideología social-cristiana, que por el “anti-comunismo” de los tiempos de la guerra fría.

cuarto: logra conformar una política juvenil cristiana cuyos resultados se harán sentir, — especialmente en las organizaciones estudiantiles — durante muchos años.

En la misma línea desarrollada por la Falange Nacional se ubica la actividad de dos figuras eclesiales de indiscutible valor por su acción pastoral: nos referimos al Padre Hurtado y al Obispo de Talca Manuel Larraín, poseedores ambos de una personalidad poco común entre los prelados y sacerdotes de su época. Las iniciativas que pusieron en práctica cobraron particular interés tanto por la trascendencia social como por las repercusiones políticas que tuvieron.

Algunas figuras de la Iglesia

Más allá de los rasgos “paternalistas” atribuidos a sus actividades, lo cierto es que tras ellas se evidenciaron motivaciones ideológicas-religiosas importantes. Que el Padre Hurtado haya fundado una casa para los niños pobres y realizara una intensa actividad de ayuda y caridad en los barrios periféricos de Santiago; y que el Obispo Larraín haya sido impulsor de la Reforma Agraria iniciándola en las tierras pertenecientes a su diócesis, podrían no importar mayormente para los efectos del análisis, si no se tuviera en cuenta:

primero: el contexto social y político en que ambos desplegaron sus actividades;

segundo: el tremendo impulso que ellas dieron a la “atención preferente a los pobres” al interior de la propia Iglesia;

tercero: el importante desarrollo de la actividad asistencial de grupos que por su origen social, jamás habían tomado contacto con la miseria;

cuarto: el debate que promovieron sobre las causas de esas miserias e injusticias y

quinto: la organización que impulsaron al interior de los sectores dentro de los cuales trabajaron.

Sin estimar que ésto constituye un indicador indis-

cutible, la verdad es que tanto la figura del Padre Hurtado como la del Obispo Larraín han sido reivindicadas principalmente por los sectores cristianos más identificados con las concepciones de la teología de la liberación a cuyos aportes tuvieron la virtud de anticiparse en función de la inspiración final de sus obras¹⁹.

La Democracia Cristiana

La experiencia de la “Revolución en Libertad” es históricamente reciente. Es difícil, en consecuencia, sustraerse a las implicancias políticas concretas que ella tuvo. Son demasiadas las consecuencias prácticas que aún se perciben y muchos los resquemores que generó. Este fenómeno no debe mirarse sólo como presente entre aquéllos que fueron sus inspiradores y aquéllos que se alzaron como sus detractores, — cuestión propia de cierta lógica política del ambiente nacional — sino que lo significativo es que aún divide a quienes fueron sus principales actores.

La Democracia Cristiana, constituida oficialmente en 1957, reunió no sólo a la Falange Nacional, base fundamental sobre la que se fundó, sino además a otros sectores sociales y políticos escasamente comprometidos con una experiencia evangélica de carácter popular. Al poco tiempo de su fundación fue evidente que en su interior adquirían mayor relevancias grupos tales como los conformados por elementos provenientes de la nueva burocracia institucional (varios de ellos prominentes empresarios de la industria y ejecutivos de la Banca privada), que aquéllos más íntimamente ligados con la nueva visión doctrinal de la Iglesia. Entre éstos se encontraban personas que no disimularon — en su tiempo — simpatías con el nacional-socialismo alemán o con el fascismo italiano.

El tantas veces señalado pluriclasismo de la DC unida a la pervivencia en su seno de proyecto de signos evidentemente distintos explica en cierta manera el fenómeno siguiente: el triunfo de la Democracia Cristiana en 1964 significó el triunfo del sector de ese partido

¹⁹ El Padre Alberto Hurtado S.J. fue el fundador, además de la revista jesuíta “Mensaje”. Esta le dedicó un número especial (agosto 1977) en la que diversos autores, incluido el propio Obispo Larraín, hacen una semblanza de su obra y de sus definiciones ideológicas-religiosas. Monseñor Manuel Larraín fue Obispo de Talca durante 23 años. Murió el 22 de junio de 1966. Fue tenaz defensor de los jóvenes escindidos del Partido Conservador en 1938 a quienes la jerarquía llegó a amenazar de ex-comunión. Contribuyó a la creación del CELAM. A la conmemoración de los 10 años de su muerte celebrado en Talca, asistió Helder Camara, Obispo de Olin-da y Recife.

que estimaba que el proyecto “Revolución en Libertad” — que ese partido pretendía impulsar — era viable en la medida en que, además de ciertas medidas correctivas de la estructura económica, se adoptaran medidas concretas tendientes a disputar al marxismo su importante influencia popular. Para ello definieron una estrategia de “desarrollo social” basada en una suerte de modernización de la estructura participativa existente, sin alterar las bases de la dominación. Entre los responsables de la elaboración de tal estrategia y de organizar los medios gubernamentales para ponerla en práctica se encontraba el cura jesuita Roger Veckerman²⁰. Este inspiró la creación a nivel presidencial de un organismo denominado de Promoción Popular, cuyo objetivo fue insertarse en el movimiento popular a través de la creación de una complicada red de organizaciones territoriales dentro de las cuales se ejercía una suerte de paternalismo estatal a cargo de funcionarios “activistas”. Tales organizaciones — desarrolladas básicamente entre los llamados “barrios marginales” — fueron extremadamente sensibles a dos situaciones:

primero: a la imposibilidad de la estructura social chilena de abrir cauce de participación verdaderamente significativa, sin peligro de autonegarse; y

segundo: a la necesidad de extender el ámbito de la so-

lidad de clases — parcializada a través de la acción de Promoción Popular — a los sectores del proletariado industrial.

Ambas situaciones operaron como factores de decantación en cristianos de base, sacerdotes comprometidos en un principio con la finalidad de esta política, y en dirigentes políticos del propio partido gobernante, en la doble perspectiva de: primero, buscar caminos de convergencia con las organizaciones de base identificadas con los partidos de izquierda y segundo, legitimar su actuar a partir de un reencuentro con la Doctrina Social de la Iglesia, más concretamente con la Declaración Final de Medellín. Sobre esta base se inicia un profundo desarrollo de la presencia cristiana en el movimiento popular organizado cuya máxima expresión la constituyeron los partidos de origen cristiano, escindidos de la Democracia Cristiana — muchos de cuyos dirigentes adoptaron la ideología y la práctica organizativa de los partidos que se fundan en el leninismo —; y el Movimiento Cristiano para el Socialismo. Este último movimiento junto a los CEB, son los que han instituido al interior de las organizaciones populares la posibilidad real de diálogo y de acción conjunta — en una perspectiva común — entre cristianos y militantes o simpatizantes de los partidos marxistas.

APUNTES PARA UNA DEFINICION

El movimiento popular chileno tiene ante sí la obligación de responder a una serie de interrogantes. Su destino dependerá de las respuestas que entregue.

Ellas se perfilan. Toman cuerpo y encaminan la acción. Esto es positivo. La madurez y la capacidad de asimilar lo vivido, lo exigen. Pero en las conocidas aún falta agotar una premisa básica. En Chile han surgido nuevos fenómenos socio-culturales, han desaparecido otros; y unos que nos parecían inmutables, han tomado un sentido y carácter diferente. La sociedad chilena está fuertemente dislocada si tomamos como padrón el modelo real y teórico que conocíamos. El proyecto de sociedad que impulsa el régimen dictatorial es profunda-

mente antagónico al que definió históricamente el movimiento popular. Lo ha llegado a ser también para la Iglesia. ¿En qué se diferencian el antagonismo del movimiento popular frente a ese proyecto, con aquél que expresa la Iglesia? ¿En qué se identifican? ¿Existe una estrategia común, supuesto que las identidades son mayores que las diferencias?

Estas y otras preguntas similares son legítimas. Están en la discusión cotidiana. Son parte de alguno de los esquemas de proyectos elaborados. Sin embargo, ellas encierran algunos engaños teóricos-conceptuales y políticos.

Como se ha dicho con anterioridad, es un error, por ejemplo, considerar a la Iglesia como un partido político e incorporarle, con laudable voluntad intelectual, pero en definitiva absurdo, a una suerte de alianza o frente común para luchar contra la dictadura²¹.

²⁰ Con ocasión de CELAM III, un grupo de teólogos alemanes denunciaron las actividades de Vekemans destinadas a luchar “contra las interpretaciones equívocas de Medellín”. Recuerdan, además, las vinculaciones que, según el “Washington Post” y “Le Monde” tendría tanto con la C.I.A. como con el “Opus Dei” (Chile-América N. 37, 38 (Pág. 19).

²¹ Véase el interesante artículo de Otto Boyz aparecido en Chile-América N. 31, 32 bajo el título “Alianza estratégica entre cristianos y marxistas” (Pág. 85).

Tampoco tiene sentido impulsar, en relación a la Iglesia y desde el movimiento popular, "tácticas" de convergencia ni "tácticas" de acercamiento. Ello no sólo supone mantener el error anterior, sino además caer en el más absoluto pragmatismo, cercano al oportunismo.

La Iglesia tiene una misión primordial: desarrollar y expandir su doctrina a todos los hombres a través de dimensiones religiosas no asimilables a aquellas que caracterizan a las formaciones partidarias. La política de la Iglesia no asume categorías históricas (lucha de clases), como aquellas que informan el movimiento popular, sino que trata de trascenderlas. La Iglesia fija sus metas, destinadas a asegurar y mantener su influencia, en el marco de su misión evangélica, pero no se agota en ellas.

De tal manera que las preguntas siendo válidas, requieren ser formuladas con un sentido limitativo y no reduccionista de tipo esquemático.

Al respecto es significativa la experiencia chilena. Las condenas políticas manifestadas ante la ambigüedad de la postura observada por la Iglesia Chilena luego del golpe militar, tienen exactamente el mismo carácter que las alabanzas hechas posteriormente cuando aquella resolvió acentuar sus juicios y conductas críticas. En ambas actitudes se reflejan intentos de ubicarla bajo esquemas más propios del comportamiento político-partidista que el que le corresponde a una institución sustancialmente diferente, como la Iglesia.

El fondo del problema radica en reconocer en la acción pastoral de la Iglesia una sustantiva repercusión en la esfera del comportamiento político y social de una parte considerable de la población. Independientemente del signo que adquiera, lo importante, antes que nada, es asumir tal hecho. Luego, es posible que dicha acción coincida de manera significativa con el pensamiento y la práctica del movimiento popular. Ello no siempre ha sido así. Aún más, la experiencia histórica señala lo contrario.

Sin embargo, tal como se ha indicado insistentemente, existe en el ámbito de la realidad chilena y continental un espacio amplio de coincidencias en las orientaciones democráticas y populares que le han impreso a sus definiciones. Más aún, en tanto la influencia y el peso institucional de la Iglesia ha logrado concitar un amplio margen de apoyo social de base en los regímenes autoritarios capitalistas existentes, que sobrepasan el tradicional binomio sacerdote-feligres, tales coincidencias abren perspectivas de establecer entre la base social organizada por la acción de la Iglesia y el movimiento popular, un grado significativo de coincidencias estratégicas²².

²² La revista Araucaria N. 6 publicó un artículo de Sergio Spöerer en el cual se refiere extensamente el tema. El artí-

En el caso de Chile, donde tal posibilidad tiene niveles altos de concreción, conviene hacer siempre dos distingos obvios pero ineludibles:

a) El mensaje cristiano de la Iglesia no se agota en la democracia-cristiana, aún cuando éste aparentemente es el sector político más receptivo. La DC no es el único canal a través del cual el pensamiento social y la actitud general de la Iglesia, adquiere vigencia; y

b) el mensaje cristiano no se limita sólo a la defensa y "atención preferente a los pobres", sino que además él es asimilado por amplios sectores medios de la población y cuya adscripción política es de variada índole.

En consecuencia, pensamos que en la realidad de Chile el mensaje pastoral y las actividades solidarias impulsadas por la jerarquía — que en conjunto reivindicaban cuestiones esenciales para la convivencia democrática, la justicia y el progreso social — han tenido el efecto de establecer un campo y una dinámica inédita dentro del cual el mundo cristiano (Iglesia y Pueblo de Dios en Marcha) y el movimiento popular no sólo coinciden sino incluso se identifican. El carácter estratégico de tal identidad, planteado en torno a la construcción de un Estado democrático, nacional y popular²³, dependerá:

primero: que ella sea asumida como coincidencia en la acción y en la base y nó como expresión de un diálogo entre cristianos y marxistas (que tampoco agotan el movimiento popular). Hacerlo es extrapolar mecánicamente la experiencia italiana, y

segundo: que el proyecto común, viable y duradero que se establezca como expresión básica de tal identidad, recoja el efectivo consenso social producido en la práctica de las variadas acciones desarrolladas en común.

Una estrategia común que concite el apoyo del mundo cristiano y del movimiento popular, por lo tanto, no tiene por qué depender, como lo manifiestan algunos sectores políticos de izquierda, de la resolución previa del problema del papel que la DC y los sectores medios desempeñan en esta estrategia. Indiscutiblemente su fortalecimiento y su nivel hegemónico será mayor en la medida en que ésto ocurra.

Lo importante es, en todo caso, que los cristianos y los sectores populares, confundidos en la práctica de la acción, constituyen el centro de convergencia de un proyecto nacional y popular que vitalice la democracia

culo se titula "Después de Puebla. Iglesia y Movimiento Popular en América Latina".

²³ Sobre el carácter de lo nacional y popular véase el artículo de Enzo Faletto que bajo el mismo título publicó la Revista "Nueva Sociedad" (N. 40).

chilena por un período histórico largo y significativo, luego del derrocamiento de la dictadura militar. Condición básica que permitirá la instauración de un Estado laico y pluralista, dentro del cual las libertades fundamentales del hombre no podrán tener un valor meramente declarativo, y en el que la dimensión cultural deberá ser preferentemente atendida con la finalidad de promover los cambios fundamentales que requiere una sociedad profundamente impactada por el personalismo, el consumismo alienante y el “espíritu de logro” capitalista.

El sentido socialista que adquirirá el proceso dependerá, a su vez, de la capacidad de ampliar los actuales márgenes de confianza y respeto mutuo entre los sectores comprometidos; de erradicar todo intento de instrumentar de manera sectaria y excluyente la fase de desarrollo y cambio institucional que se impulse; de no alimentar la peligrosa táctica del “vanguardismo”, y de elevar la calidad de la lucha ideológica a un nivel cualitativamente superior, incomparablemente más rico al que se dió en Chile en época pasadas.

¿Qué es el mundo cristiano?

La literatura política de la izquierda chilena y de la Democracia Cristiana, en particular, abunda en términos y expresiones de diverso nivel de abstracciones para referirse a este objeto concreto de la realidad social y política chilena. Casi ninguno de ellos ha olvidado referirse a él en estos últimos años. Con ánimos y motivaciones distintas, pero todos marcados por el reconocimiento del alto grado de singularidad existente en él; revistas y escritos han reconocido que más allá de la defensa de los Derechos Humanos, la Iglesia Católica (jerarquía, clero y base) ha logrado liderizar casi sin competencia una oposición creciente a la junta militar, estableciendo puntos y observaciones sobre el proceso chileno abierto luego del 11 de septiembre de 1973, a partir de los cuales se adelantan concordancias para reinstalar la democracia y desarrollarla en todos sus aspectos.

El hecho de que los partidos de la izquierda e, incluso la propia DC, hayan sido duramente golpeada y hayan disminuído, consecencialmente, su capacidad de “canal natural” de corrientes de opinión y organismos sociales, ha abierto indiscutiblemente un vacío político en la sociedad chilena. ¿Ha llenado la Iglesia este vacío?

Tal como lo hemos señalado anteriormente, nuestra opinión es que no puede llenar un vacío político, una institución cuya naturaleza y cuerpo de valores fundamentales no es comparable a un partido político. Pretender que sí lo ha hecho es desconocer las características del proceso chileno y tratar de endilgar responsa-

bilidades a quienes no corresponde.

Lo singular de todo esto, sin embargo, es que tras las posiciones del humanismo cristiano propagado por la Iglesia, y cuya expresión, más significativa ha sido la defensa de los Derechos Humanos, conculcados gravemente en el país, y tras el desarrollo en tales condiciones de los principios de la justicia social, principalmente a través de diversas homilías, la jerarquía eclesíástica católica ha impulsado un proceso que ha rebazado los límites de su audiencia “normal”, y colocado sus mensaje entre sectores que no han sido simples agentes pasivos de ellos. Por el contrario estos sectores han sabido darle contenido real en los medios sociales más afectados por la aplicación de la política económica de la junta.

Pensamos, entonces, que el mundo cristiano es la expresión social real que asume la política social de la Iglesia en los medios populares, entre los que se debe tener en cuenta las capas empobrecidas del campo y de la ciudad (campesinos y obreros, pequeños artesanos y comerciantes) más aquellos sectores (empleados, pequeños y medianos comerciantes e industriales) que afectados en sus expectativas de vida por la política social y económica del gobierno, encuentran en esta expresión real del movimiento social un campo donde el pensamiento cristiano post-conciliar y los valores de la justicia, la paz y la solidaridad se traducen en organización y movilización.

En tanto tal, pensamos además que el mundo cristiano es en sí rompimiento con la actual situación de miseria, cesantía, injusticia y represión. A diferencia de la Iglesia que institucionalmente no alienta la ruptura, el mundo cristiano sí lo promueve pues es allí donde el fascismo de Pinochet es más claramente percibido, en términos de conciencia social, como la negación no sólo de la democracia, sino, además, de los valores substanciales a la convivencia cristiana del hombre.

Es cierto que un concepto construído para hacer referencia a una situación tan concreta puede no contener toda la gama de alternativas que se dan en un proceso como el chileno. Puede no ser, por decirlo así, “operativo” desde el punto de vista “del partido”. Sin embargo creemos que sin perjuicio de un mayor afinamiento, el concepto, “mundo cristiano” es rico en determinaciones sociales, es decir que está enraizado en la realidad de la sociedad chilena, y que junto a sus sobre-determinaciones ideológicas, tiene la historicidad propia de una situación límite. Rota esta situación, exigiría, tal vez, su revisión.

Otros conceptos pueden sustituirle. Por ejemplo, el de “masas cristianas”. Este tiene la limitación de una evocación equívoca. Sin meternos en la larga discusión que el término “masas” ha provocado entre algunas escuelas sociológicas, al asignarle a los cristianos una denominación que siempre ha sido empleada de mane-

ra totalizadora, restamos, en la actual realidad, a sectores más vastos, no cristianos o no definidos como tales, pero que en su acción práctica, están movidos por conceptos y valores cristianos. Algo parecido sucede si se usa el término "movimiento cristiano". El dice relación más bien a situaciones pretéritas y no contiene los cambios ocurridos ni las nuevas modalidades que ha adoptado el movimiento social organizado en torno a la acción de la Iglesia.

En resumen, creemos que "mundo cristiano" traduce de mejor manera el protagonismo político de la Iglesia, radicada en la capacidad de ésta para poner a prueba, en una situación crítica, su concepción del

hombre y la sociedad; ponerla en práctica, y posibilitar que a ella adhieran sectores que por su ubicación en la estructura de clases, recogen su mensaje de liberación social y política, que ha llegado a compartir con el movimiento popular.

De esta manera, la Iglesia ha roto el tradicional esquema de jerarquía-feligreses y el círculo de interrelaciones relativamente cerrado que éste suponía y ha abierto otro, como el de jerarquía-mundo cristiano, constituido sobre la base de una interdependencia activa, debido a los constantes pronunciamientos que hace la Iglesia y las consiguientes acciones sociales que éstos promueven.

MEJOR SER IGUALES

"Tu das alimento a los hambrientos; sin embargo, sería mucho mejor que no hubiese hambrientos, de manera que no tuvieras que alimentar a nadie. Vistes a desnudos; sin embargo, cuanto mejor sería que todos tuvieran con qué vestirse, de manera que no hubiese nadie necesitado de vestido... Si haces el bien a alguien que está necesitado, puede muy bien ser que desees aparecer ante sus ojos como grande y que estés contento de que él, que constituye la ocasión de tu beneficencia, sea inferior a tí. El estaba necesitado y tu lo ayudaste; tu, que lo ayudaste, apareces como superior a él, que recibió tu ayuda. Busca más bien ser *igual*, de manera que ambos podáis estar bajo el único Señor, ante quien nadie puede ser humillado".

(San Agustín, Comentario a 1 Jn. tratado 8, n. 5)

América Latina: derechos humanos

América Latina: Derechos Humanos, es una publicación mensual de CELADEC-CENCOS (Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana y Centro Nacional de Comunicación Social A.C.), cuyo fin es la preservación de los derechos humanos en el continente latinoamericano. Su distribución es absolutamente gratuita.

Toda correspondencia debe dirigirse a:

América Latina:
Derechos Humanos
Apartado Postal 74-307
México, D.F.

CIDE

REVISTA DE INFORMACION Y ANALISIS DE LA REGION

ECONOMIA
DE
AMERICA
LATINA

Suscripción anual (2 números) US\$ 15 para el extranjero, incluyendo envío por correo aéreo

Despachar giro postal o cheque a:

Centro de Investigación y Docencia Económicas,
A.C.
Apartado Postal 41-655,
México 10, D.F.
MEXICO

CONTACTO

POR UNA NUEVA SOCIEDAD LATINOAMERICANA

Cualquier correspondencia relacionada con esta publicación favor de dirigirla a:

Ocotepé 39 (San Jerónimo), México 20, D.F., Tel. 595-05-95
Apartado Postal 85-021

Cada autor es responsable de las ideas expuestas en su trabajo

Precio de suscripción anual:

- por correo ordinario: México: 125 pesos Extranjero 12 dls.
- por correo aéreo: Norte y Sudamérica 14 dls.
Europa 18 dls.
África y Asia 20 dls.

CELADEC
comisión evangélica
latino americana de
educación cristiana

Apartado 3774 - Tel. 618257 - LIMA - PERU

